

Isaac Levy y la cultura judeo-española

por Isaac Navón

Hace unos pocos meses falleció en Jerusalén la persona que más que ninguna otra actuó en el campo de la cultura judeo-española. Isaac Levy, el hijo de Daniel Levy y de la señora Behora Abastado, conmovió nuestros corazones durante varios años, cuando cantaba las canciones judeo-españolas: canciones de amor y canciones sinagogaes. Durante más de treinta y cinco años investigó las canciones litúrgicas y mundanas de las comunidades sefarditas del continente europeo, Asia y Africa. El grabó, transcribió y editó lo que escucharon sus oídos. El resultado de su trabajo: los nueve tomos de la «Antología de Liturgia Judeo-española» y otros cuatro tomos de romanzas con textos y música. (El primero de estos tomos fue traducido al francés con el título «Chants Judeo-Espagnols».) Fuera del primer tomo de los romances que apareció en Londres en 1959, aparecieron los otros tomos en Jerusalén a partir del año 1964 y hasta hace un año. Asimismo dejó manuscritos que bastarán para editar otros dos tomos de cantos litúrgicos. Poco tiempo antes de su muerte dijo: «Todo lo que colecté y anoté es solamente un veinte por ciento de la rica tradición de las comunidades judeo-españolas.» Una sola persona pudo hacer lo que en otros países hacen instituciones enteras. Sus amigos se proponen levantar un instituto que continúe sus empresa.

• • •

Isaac Levy nació en Magnesia, al lado de Esmirna (Turquía), el 15 de mayo de 1919. Cuando era de tres años de edad emigraron sus padres a Jerusalén. Estudió música y canto en los conservatorios de Jerusalén y Tel Aviv. Dio conciertos en la radio y televisión de Israel, España y América Latina. Compuso música sobre temas bíblicos y sobre poemas de poetas españoles. Desde 1955

y hasta el día de su muerte fue director de las transmisiones en ladino de la Radio de Israel. En este cargo tuvo a su disposición un importante instrumento de difusión por intermedio del cual transmitió muchas de las melodías que colectó. Estas melodías sirvieron de fuente de inspiración a muchos músicos que se impresionaron por su belleza y por la forma estética y agradable de la interpretación de Isaac Levy. El hecho de que el material fue editado por Levy con la música y los textos, puso este tesoro al alcance de los músicos para que lo usen e investiguen.

Los cuatro libros de romanzas incluyen 482 canciones. Estas canciones las escribió según la información que le suministró su madre, sus vecinos y gente



esparcida por todo Israel. No hay que olvidarse que, desde todo punto de vista, Israel es un paraíso para los recolectores e investigadores. Arribaron a ella, durante los pocos años de su existencia, más de un millón y medio de judíos de ciento dos países, y, entre ellos, cientos de miles de sefarditas de Bulgaria, Turquía, Yugoslavia, Grecia, Rodas, Rumania y Nordáfrica. Estas comunidades trajeron consigo sus tradiciones musicales milenarias. Parte de estas canciones son originarias de España, siendo el resto fruto de la propia creación judía en ladino. No hay duda que en ambos casos se ha conservado el auténtico estilo melódico español. La mayoría de las canciones son canciones de amor, casi siempre de amor frustrado. Pero también hay canciones de queja contra la suegra, sobre el tema de los ojos, la naturaleza, canciones alegres, tristes y satíricas. Muchas veces son recordados en ellas lugares y

nombres españoles. Cuando visitó el maestro Pablo Casals Jerusalén (1961), leyó el primer tomo de las romanzas y escribió, entre otras cosas, a Isaac Levy: «... En algunos de los cantos he tenido la sorpresa de encontrar similitudes con melodías del folklore catalán, seguramente de procedencia judía...» Estas romanzas son muy cantadas en Israel. Algunas fueron traducidas al hebreo. Isaac Levy se preocupó personalmente de que las traducciones conservaran, en la mayor forma posible, el sonido español-ladino de los textos.

Los nueve tomos de la liturgia sefardí se dividen, de acuerdo con los temas de su contenido, de la siguiente forma: el primero y el quinto tomo están dedicados a las oraciones del sábado, primero de mes y otras fiestas, y contienen también algunos poemas («piyutim») especiales; el segundo y el sexto tomo están dedicados al Año Nuevo y al Día del Perdón; el tercero y el séptimo están dedicados a las grandes fiestas (Pascua, Fiesta del Tabernáculo y Fiesta de las Cabañas); el cuarto y el octavo tomo están dedicados al resto de las fiestas y ayunos. Estos dos últimos contienen también amplio material sobre la vida del hombre, desde su nacimiento, pasando por la boda y otras alegrías, hasta la muerte. El noveno tomo contiene material que completa los ocho tomos precedentes. El número total de páginas es de 3.217.

¿Cuál fue el sistema que empleó en la «antología»? ¿Cuál fue su meta? ¿Cómo escribió el material en hebreo y en ladino? ¿De qué fuentes recogió los materiales? Conviene que cite aquí al propio Isaac Levy en el prólogo al primer tomo de su obra. He aquí sus palabras:

«La antología aquí presentada incluye parte del tesoro de la melodía religiosa de las comunidades sefarditas de habla ladina, establecidas a orillas del Mar Mediterráneo y de la Península Balcánica (Israel, Turquía, Grecia, Bulgaria, Yugoslavia, Rodas y Tánger) y también de las comunidades sefarditas de Amsterdam y del ex Marruecos francés.

Esta parte podrá ser apreciada en su justa medida si recordamos que, en el seno de nuestras comunidades, cada melodía es entonada en distintas formas, incluso en una misma Sinagoga, y ni qué decir en distintas ciudades y países. Más aún, considerando que, entre nosotros, cada uno entona a su deseo, fragmentos o pasajes melódicos, improvisados según su agrado. Como consecuencia de ello, se crea una música nueva o se da nueva forma a una melodía ya conocida. Hemos traído, por lo tanto, en la mayoría de los casos, una sola, entre las muchas versiones melódicas.

En este libro me refiero sólo a una parte ínfima del vasto campo de la música litúrgica de las comunidades sefarditas. El registro y la conservación de una parte importante de este acervo sólo será logrado a través de un delicado y paciente trabajo de un gran Instituto y con el concurso de arbitrios gubernamentales. No pretendo efectuar una investigación sobre las bases de esta música, las influencias y melodías que abrevaron en distintas fuentes, particularmente en la música árabe-morisca y en la melodía europea, en especial la gregoriana, anterior a la expulsión de España y posterior a ella. Tampoco pretendo hacer un estudio sobre la penetración de los sones de cánticos populares y de los romances en la Sinagoga. Sin embargo, no será demasiado difícil reconocer aquellas melodías emanadas de España, que, pese a no haber sido anotadas, se han mantenido casi intactas hasta el día de hoy. No será tampoco difícil reconocer las melodías compuestas después de la expulsión, conservando la forma y carácter de las melodías traídas de

España, o con la influencia de la música de los pueblos, en cuyo seno se establecieron los expulsados después de haber salido de la Península Ibérica.

A pesar de que una investigación sobre la música religiosa y secular de las distintas comunidades judías sefarditas debía haberse hecho desde hace mucho tiempo, lamentablemente aún no se ha reunido y compilado suficiente material para este fin. Grande será mi alegría si esta obra puede servir como una de las fuentes de investigación cuando surja el investigador autorizado.

El objetivo de la presente obra es, en consecuencia, el de proporcionar material original de música judía al hogar hebreo, a las escuelas, a los coros, a los cantantes, a los aficionados y a todo cultor del canto. Material que, por lo tanto, enriquezca el bagaje de los musicólogos en nuestro país y en la diáspora y sea fuente de inspiración para nuestros compositores en la patria y en la dispersión.

Por esta razón he registrado la mayor cantidad de datos posibles: la medida del ritmo, el carácter de la melodía y las respiraciones. En la mayoría de los casos he querido presentar recitados en su integridad, y además la totalidad de las letras de las oraciones, cánticos y poemas litúrgicos. Todos los textos tienen puntuación y, debajo de las notas, marginando las letras hebreas, una transcripción en caracteres latinos.

El registro de las notas musicales fue, en parte, hecho a través de la versión oral que pude recoger de boca de aquellas personas que cantaron en mi presencia. El resto lo registré por medio de cintas magnetofónicas por mí grabadas. Al final de cada volumen se incluye una nómina de todas aquellas personas de cuyos labios recogiera las melodías, y sobre las cuales he considerado adecuado proporcionar algunas breves referencias biográficas.

No he intentado introducir correcciones, incluso en aquellas partes donde resulta fácil hacerlo. En los lugares donde se anotan diferencias entre el texto conocido y el entonado por el trasmisor de la melodía tuve preferencia por la versión de este último. Las melodías aparecen en las escalas y tonos en que fueron interpretadas. En mi opinión, también este detalle tiene su importancia en cuanto a la autenticidad del registro. Por lo tanto, solemos encontrarlos, a veces, con una melodía escrita como para tenor o como para bajo. Quienes hagan uso de este material podrán, con facilidad, realizar transposiciones, según su deseo.

En el libro se dio preferente lugar al estilo sefardí jerosolimitano. Pero cuando destaco que la melodía está expresada en el estilo de Jerusalén, no es del todo seguro que ella haya sido compuesta o ejecutada única y exclusivamente en Jerusalén. Es posible que haya sido entonada en otras ciudades del país. De igual manera, aún no está del todo confirmado que la tonada no haya llegado a Jerusalén procedente de otra ciudad de Israel, o de alguna de las comunidades establecidas en la diáspora sefardí.

Cuando subrayo que —según mi conocimiento— la melodía es de estilo jerosolimitano, me refiero a una época que data de treinta o treinta y cinco años. En aquel entonces oraba yo en la sinagoga de Taranto, conocida con el nombre de Cal Chico, y en la gran sinagoga denominada Cal Grande, ambas situadas en el barrio Ohel Moxe, de Jerusalén. En tales sinagogas oí con deleite esas hermosas melodías, las que dejaron huella indeleble en mi espíritu y me acompañan hasta el día de hoy. Es de justicia recordar a algunos de los «hazanim» (oficiantes), que, desde el púlpito, conmovieron hasta lo más

recóndito del alma. En especial, es de recordar a Xelomo Esquenazi, Xelomo Burla y Moxe Levy, cuyas vidas se han extinguido ya. También cuando destaco el hecho de que la melodía aparece en el estilo de Constantinopla, Salónica, Rodas, Tánger, Fez o de otras ciudades, atestiguo que la melodía es entonada en la misma ciudad, pero es muy probable que se entone asimismo en otras ciudades de la dispersión sefardi.

Al margen de la letra de las canciones, de los cantos y de los poemas litúrgicos, ofrecemos en muchas oportunidades las versiones tradicionales en ladino, vigentes hasta el día de hoy. Al principio no abrigaba la intención de dedicarme a tales traducciones, pero, al comprobar lo difícil que resultaba descifrar los textos, cuya totalidad fueron escritos en letras de Raxi, y al verificar cuán numerosas eran las confusiones y errores de imprenta, me asaltó el temor de que, con el andar del tiempo, podría perderse tan precioso tesoro.

Aún hoy día pueden encontrarse múltiples confusiones y malentendidos entre aquellos que transcribieron, de aquí o de allá, la traducción tradicional en ladino de algún poema litúrgico o plegaria. La situación a este respecto corre el peligro de agravarse en el futuro. Por lo tanto, me he permitido tomar sobre mí la tarea de descifrar los poemas litúrgicos y las canciones y transcribirlas en caracteres latinos. Al imprimir en letras de molde tales obras, vertidas en los caracteres naturales de su lengua, abrigo la esperanza de haber realizado una tarea útil, como así también contribuir a la conservación de este valioso acervo, que acompañó a nuestros padres a través de las generaciones. Esto permitirá, a la vez, a los nuevos inmigrantes, venidos de países de habla castellana, así como también a los miembros de las comunidades judías de los países de la diáspora, hacer uso de la música contenida en el libro y comprender el significado de los poemas y oraciones. La impresión de las preferidas traducciones al ladino podrá ser fuente de ilustración para todos los investigadores de la música y el folklore, y en particular para los pueblos de cultura hispánica y que tienen especial interés en la música y en la lengua de los judíos sefarditas, el ladino, llamado también judeo-español.

Resulta aquí propicio señalar que la traducción no es siempre fiel a la fuente original, e incluso, a veces, es totalmente diferente de la misma. En muchas oportunidades, los traductores no captaron con fidelidad el sentido de uno o varios fragmentos de un poema litúrgico, y en otras ocurre que no hallan los términos adecuados. En ocasiones se han visto obligados a reducir el nivel del poema litúrgico para hacerlo accesible al público y conseguir, por este medio, la finalidad esencial, que no es otra que la de penetrar por el corazón de los fieles. En contraposición a la interpretación dada por ciertos investigadores, me permito sostener que el número de términos foráneos que se infiltran en el ladino es, en verdad, reducido. La mayoría de tales términos está relacionada con las ceremonias tradicionales religiosas.

Los textos en ladino son, unas veces, entonados y otras leídos. Aquellos que son entonados aparecen debajo de las notas. Al pie de cada texto impreso figuran las iniciales del libro de que fueran recogidos. En caso de no haber señales, fueron registrados de labios de quienes transmitieron las melodías.

Al pie de cada poema litúrgico figura una traducción al español moderno de las palabras del español antiguo, actualmente en desuso, y de palabras es-

pañolas, cuya forma ha experimentado cambios, así como de palabras hebreas y de otras lenguas.

La antología nació con cánticos y poemas litúrgicos, que tuve oportunidad de registrar hace veinte años, en ocasión de mi presentación en conciertos y en la radio, y posteriormente en los campamentos militares israelíes.

En el transcurso del tiempo aumentó el número de melodías litúrgicas españolas que registrara, y muchos buenos amigos me animaron y estimularon a publicar un libro de liturgia judeo-española. Estas sugerencias se multiplicaron, sobre todo después de la aparición de mi libro «Cantos Judeo-Españoles», que saliera a luz editado por la Federación Mundial Sefardí, de Londres.»

* * *

Me permito aquí agregar mis propias palabras en el prólogo que escribí personalmente al comenzar Isaac Levy su obra:

«La antología de la liturgia sefardí constituye el fruto del trabajo genuino del señor Isaac Levy. Quien haya tenido oportunidad de observar de cerca la gran obra a la cual el señor Levy se ha consagrado con perseverancia y abnegación durante muchos años, seguramente se habrá asombrado más de una vez. "Sólo me ha vencido aquel que tiene una sola artesanía", dice un sabio y antiguo adagio. En efecto, como verdadero artesano, el señor Levy se dedicó con amor, primeramente a las Romanzas Sefarditas que sacó a la luz, y, más tarde, a los cánticos sagrados y poemas («piyutim») de los judíos españoles.

Los judíos sefarditas son más propicios a la leyenda que a la ley; tienen noción en libros de moral y sentimiento, poesía y proverbio; procuran aliviar y no angustiar, sonrien y no enojan. Hasta cuando relatan sus pesares, a través del canto, su melodía, más que triste, tiene cierto deje de alegría. Adictos al humor y al juego lingüístico, a la añoranza y al canto, se alejan de toda sofisticación y del ensayo. Aun el canto ritual en la hora de clausura del temeroso Día del Perdón («Yom Hakipurim»), «La tribu de Judá se encuentra sumida en la angustia y la opresión», se oye algo así como el acorde de una alegre marcha.

Parecería que hubieran aportado consigo de España todo lo romántico que allí anidara, despojándose de muchos recuerdos de la expulsión y las persecuciones.

La época que atravesamos es propicia para una obra antológica como la que tenemos ante nosotros. La generación se va extinguiendo y es cada vez menor el número de cultores de los auténticos cantos sefarditas. Muchas influencias se van transmitiendo de comunidad en comunidad, y el encuentro diario de diferentes culturas tiene también su influencia en el canto litúrgico. No cabe duda de que, en un encuentro semejante, la presente antología puede contribuir en parte significativa e irradiar su especial encanto. No es sólo un monumento vivo de la espléndida judeidad sefardí, sino además una fuente de fina inspiración para compositores y amantes de poemas y cánticos.

Formulamos votos para que el señor Isaac Levy pueda completar la obra de su vida y siga deleitándonos con el perfume especial de estas creaciones.»

* * *

Desgraciadamente no pudo Isaac Levy completar la obra de su vida, a pesar de haber conseguido terminar una gran parte de ella y de habernos deleitado con cada libro fruto de su trabajo.

Pido el perdón de mis lectores si esperaban encontrar aquí un artículo científico sobre Isaac Levy. No soy un investigador. Fui simplemente un cercano amigo de este maravilloso hombre. Quizá por eso fui injusto con el difunto y me cuidé de no expresarme con demasiados elogios y de valorizar la obra monumental de esta iluminadora personalidad.

Que en paz descanse.

